



Entonces, hace cuarenta años, lo primero que me contaron fue la extraña historia de la cárcel, y de aquel preso que, cuenta la tradición popular escapó de ella por uno de los escasos agujeros, no puede denominarse de otra manera, que cuelgan sobre el barrancal que abrió el río del que la villa toma el nombre, el Alcolea. La tradición, que tantas historietas añade a la página del suceso oficial, sin saber entonces sus vecinos si aquello fue cierto o un invento de mente calenturienta que por allí pasó.

Cuarenta años después conocí que, efectivamente, un buen mozo, muy ágil y de buena estatura, allí retenido cuando lo traían de Pamplona para presentarlo a la justicia de Toledo, a las puertas del invierno y en medio de la lluvia, sin que nadie lo advirtiese se marchó con lo puesto el 11 de noviembre de 1860, a las nueve de la noche. Modesto, se llamaba el fugado, del que nunca más se supo. Dejando en la hidalga villa la leyenda.

Aquello, lo de tener cárcel, y segura, fue una de las claves para que Alcolea obtuviese el hidalgo título de villa que el rey de las Españas, don Fernando VII, le concedió en 29 de agosto de 1817, cuando Alcolea se cansó de las justicias de Paredes, la cabecera de la tierra; entonces bajo la mano poderosa de los condes de Coruña, y Vizcondes de Torija, los Suárez de Figueroa, que extendieron sus dominios hasta aquí, y los alzaron hasta lo alto de la Serranía, hasta Hijes y Romanillos.

Entonces fue, a partir de 1817, cuando la histórica tierra de Paredes de Sigüenza (apellido postizo, puesto que siempre perteneció a tierra de Atienza), comenzó a perder sus poderes. Pues junto a Alcolea se le revelaron más de cuatro pueblos que terminaron, como Alcolea, levantando su propia picota. Desde Cercadillo, hasta Romanillos.

La picota de Alcolea se levantó en la plaza, ¿dónde si no?; por los tiempos que corrían, de madera. La actual, que gobierna el agua de la fuente, sustituyó a la anterior ya en pleno siglo XX. Cuando a la tierra de Alcolea se le había añadido, porque aquella población se quedó al viento del recuerdo, el lugar de Morenglos, por cuyas tierras batallaron, cosa lógica, las tres poblaciones vecinas de Alcolea, Tordelrábano y Paredes, la villa madre.